

de ellas el haz de plumas que caracteriza á dicho sacerdote.

Acompañaba su canto golpeando la tambora que consistía en un trozo de encina ahuecado y cubierto en su parte superior con un pedazo de piel de venado, sosteniéndose el instrumento por medio de tres patas que sobresalen toscamente recortadas en la madera. Se para sobre un disco de lava volcánica, asegurado en el suelo para que contribuya á aumentar la resonancia del sonido. Las



Sacerdote cantado y tocando el tambor.

estatuas de los dioses se hacen descansar sobre discos semejantes, que representan sus escudos, y como el instrumento, á semejanza de todas las cosas, es, en concepto de los huicholes, un sér vivo, tiene que sostenerse lo mismo que los hombres y los dioses. Bate la tambora el oficiante con las palmas de las manos, produciendo en el intervalo de los golpes que da con la derecha, toques más rápidos con la izquierda; y aunque las pulsaciones correspondientes son apenas sincrónicas, causan á distancia el efecto de redobles iguales. El *tempo* es el mismo que el producido con las dos varillas en el arco musical de los indios coras, siendo bastante parecido el sonido de ambos instrumentos, sobre todo á lo lejos, bien que el arco es mucho más sonoro.

Varias veces hay que restirar la piel de la tambora durante la noche, lo cual se efectúa introduciendo una raja



Trajes de gala de los huicholes que ofrecen la comida, y de los matachines.

de ocote ardiendo dentro de la caja, á fin de que el cuero se contraiga con el calor. Á causa de esto, el interior del leño está siempre chamuscado y cubierto de humo, lo que haría creer á un observador poco atento, que se ahueca la madera quemándola.

Hombres y mujeres tomaban parte en el baile, el cual era casi idéntico al que los tepehuanes y coras llaman *mitote*. Se diferencia de éste únicamente en que los saltos son menores y que la fila retrocede más á menudo, distinguiéndose en tales ocasiones el individuo que dirige la danza por los vivos y numerosos movimientos que hacia atrás hace con los pies.

El día siguiente, tanto en la mañana como al medio día, y por último, antes de ponerse el sol, media docena de hombres, cubiertos con sus mejores ropas, en las que resaltaba como rasgo característico gran cantidad de vistosas cintas y plumas, distribuyeron de comer. Llevaban algunos, cortos calzoncillos de algodón, de cuyos ribetes inferiores se cuelgan cascabeles que compran en las tiendas mexicanas. Uno había con unas bonitas calzoneras de piel de chivo, adornadas con cintas de franela roja y pequeña botonadura blanca, también con cascabeles en las costuras, y todos sin excepción estaban provistos de plumas, alas y colas de gavilán aseguradas á los sombreros de paja.

Hay dos encargados de la distribución de la comida, los cuales, llevándola en pequeños cacharros, ó más bien en jícaras, penetran al templo y dan con solemnidad una vuelta; mientras otros, cargados de igual modo, quedan afuera esperando á que los primeros hayan salido. Entonces corren todos juntos hacia uno de los personajes á quienes van á ofrecer lo mejor que tienen, esto es, tamales, nopal, frijoles y mezcal asado. Al punto que lo alcanzan, se apoderan de él, lanzando terribles alaridos y alargándole las vasijas que él acepta sonriendo y en silencio, y va pasándolas prestamente á su mujer, quien vacía el contenido en

ollas preparadas al efecto. Prosigue luego la gritería y todos se retiran, por su orden, á llenar nuevamente las ollas y repetir el ofrecimiento á otra persona. El ruido que producen se parece al de una jauría de perros que persiguiera á un ciervo, y es de sospechar que alguna relación tenga esta antigua costumbre con la cacería de venados, ya que debe preceder á esta fiesta la muerte de cierto número de ellos.

El objeto á que tendían tales ceremonias, que era la distribución de tamales, tuvo lugar poco antes de ocultarse el sol, el segundo día de la fiesta. Necesitándose gran cantidad de aquéllos, el pueblo se dedica afanosamente á hacerlos desde varios días antes, remojando el grano molido para formar panes ovalados que ponen á cocer en hornos de piedra y barro, hechos á manera de colmenas y de cuatro pies de altos. El interior de los hornos está bien bruñido y tienen cerca del suelo dos aberturas, como de un pie cuadrado, por donde introducen la leña, sirviéndoles para sacar el pan otro agujero practicado arriba.

Luego que se calienta bien el horno, para lo cual basta una hora, lo limpian, meten la masa, envuelta en una ó dos hojas de encina, y tapan las tres bocas con sendas losas. En Santa Catarina, acostumbran cocer dichos panes en comal, utensilio de barro en que se hacen las tortillas. Se quitan después cuidadosamente las hojas, para comerlos al terminar la fiesta.

Estos bollos son muy sabrosos; son duros y tienen cierto sabor dulce que falta enteramente en las tortillas. Para expediciones al campo son siempre de preferirse al pan, pues se conservan, sin perder su gusto, una ó dos semanas. Con frecuencia traté de conseguir que los indios me hicieran algunos para sobrellevar mi constante dieta. pero resueltamente se niegan á prepararlos si no es para esta fiesta del año. No obstante, entre los mexicanos se usan unas tortas parecidas.

Entre tanto, habían regado paja cuidadosamente á la entrada del templo á fin de formar un espacio circular donde depositaban los tamales conforme iban llevándolos en sacos, los cuales quedaban á cargo de varias mujeres sentadas alrededor, cada una junto del que le pertenecía.

Una vez que se han recibido los sacos en número de diez, aparecen en escena cuatro de los personajes principales, quienes después de hacer dentro del templo los movimientos circulares exigidos por el rito, toman asiento, los unos frente á los otros, en los cuatro puntos cardinales del lugar preparado. Conforme van vaciando las mujeres sus sacos sobre el zacate, los sacerdotes, extendiendo el brazo derecho, sacuden sus plumas sobre el alimento para invitar á los dioses. Dos de los sacerdotes que quedan frente á frente tienen en la mano, al par que las plumas, una vara de palo de brasil, en símbolo de autoridad. Los otros dan algunas vueltas alrededor, y cuando se detienen bajan los otros dos sus varas hasta tocar los panes, exclamando: "*yam-te, yam-te-yam*" (¡Para todos, para todos!), con lo cual ofrecen de comer á los dioses, y prosiguen en sus vueltas repitiendo palabras de ofrecimiento. Finalmente, queman ramas secas de anís á manera de incienso, y vuelven al templo.

Distribuyéronse entonces los panes entre los presentes y poco después vi que dos de los principales se pusieron sus aljabas llenas de flechas, cogieron sus arcos y se llenaron las bolsas de bollos. Tomó además cada cual un jarrito de aguardiente, y se dispusieron á recibir á los enviados del templo de San Andrés y de otro próximo, que se sabía acababan de llegar y que estaban esperando á quienes debían acompañarlos. Los dos delegados dieron varias vueltas alrededor del templo, y en seguida partieron á toda prisa al encuentro de sus huéspedes. Nunca me había llamado tanto la atención como en esta vez, la corrección y formalidad que ponen los indios en sus ceremo-

nias. Hicieron con toda precisión los movimientos como si se guiasen por un reloj, y aunque las ceremonias variaban constantemente, no se advertían equivocaciones. Todos los que toman parte, que son muchos, saben exactamente lo que tienen que hacer, porque lo han estado repitiendo toda su vida.

Después de largas súplicas que recita en voz alta el sacerdote, comienza la danza de la segunda noche, á poco de oscurecer. Apenas difería de la que había tenido lugar la noche precedente, pero la procesión, formada sólo por los servidores del templo, se movía en una sola fila, y el rasgo característico consistía en aullidos, gritos y aun silbidos de cuantos bailaban. Cada uno llevaba, á manera de cetro, una yerba cuya semilla sirve de alimento favorito al pavo salvaje, con lo que me despertaban aquellos individuos el recuerdo de las viejas pinturas de santos con palmas en la mano.

Mientras todos bailaban, sólo el sacerdote y sus dos ayudantes se mantenían junto á la tambora. Era aquél un hombre de gran reputación, que gozaba, por supuesto, de fama de hechicero, lo que le hacía temer. Cantaba con tremendo entusiasmo, produciendo efecto mágico en la concurrencia, así con su voz como con el ruido del instrumento. Aficionado, como muchos otros de su clase, á las bebidas fuertes, se refrescaba frecuentemente con tragos copiosos, y pronto estuvo beodo. Poco á poco iba hundiéndose más en su asiento, y hubo momento en que sólo se le veían las manos golpeando con inacabable vigor y movimientos de autómeta. Su voz de bajo profundo sonaba con igual fuerza, y su tono ligeramente ronco se avenía admirablemente con el tufo de antigüedad que pesaba en la atmósfera. Sus ayudantes cuidaban de que la piel del instrumento se mantuviese tensa, y en ocasiones le ayudaban á dar los redobles.

No había llevado yo ningunas provisiones, en primer

lugar porque no las tenía, y después en la confianza de que en tales fiestas no faltan tortillas ni frijoles. Las autoridades me habían proporcionado una cocinera para que preparara unas y otros para mi compañero y para mí; pero la fiesta tenía mayor importancia para dicha mujer que

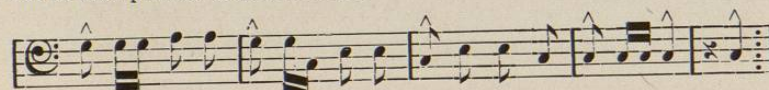


Cinta. Dibujo principal: Vástago cargado de calabazos. Aparecen en el dibujo las hojas y los bules con sus brotes.

nuestras necesidades, y á pesar de las órdenes que llevaba, no hizo el menor caso de nosotros. Aun comprar algo á los naturales era cosa difícilísima, pues siempre consideran gran favor el vender de comer. Los indios no se cuidaban mucho al parecer de mi acompañante, y como yo era completamente extraño para ellos, bien poco podía esperar. La parte que nos tocaba en la distribución general era en extremo exigua, y como es imposible impedir el sentirse

CANCIÓN PARA LA FIESTA DE LOS TAMALES

Los dioses salieron á cazar venados, pero todos se les escapaban hasta que fue uno de ellos provisto de plumas azules.



(Va-) mo - vé - li yo - a - huí-me kye-poi me-no ho - lie'-ne— hay!
Plumas azules! ¿Quién las llevará?

molesto con una comida insípida, como son los tamales rellenos de frijoles, alimento insuficiente por lo demás, por primera vez me vino la idea de que estaba perdiendo el tiempo en aquel desierto y de que nunca llegaría á comprender el sentido de lo que veía. ¿Obtendría al fin que los indios me revelasen sus pensamientos y me diesen alguna luz sobre los comienzos de la cultura humana?

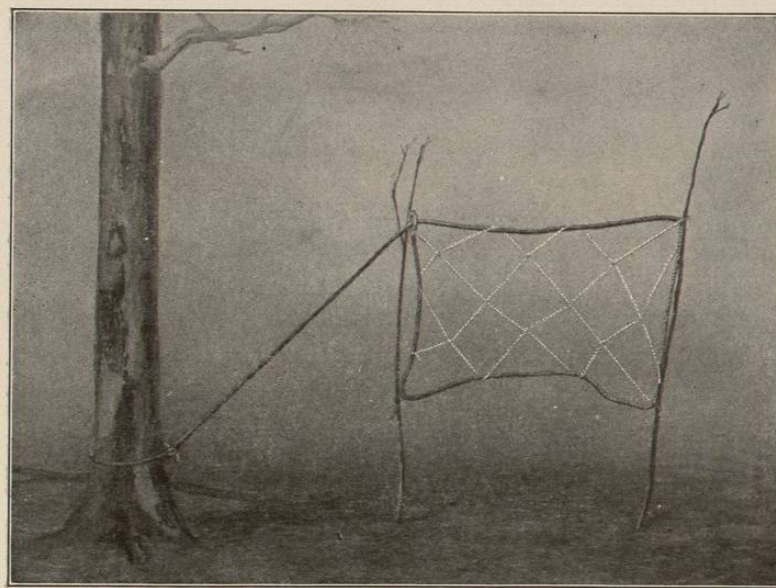
Constituye parte importante de la fiesta la caza del

venado, pues que asegura la felicidad del año que se acerca. Los huicholes, que emplean las flechas para matar las aves y la mayor parte de los animales, para los venados hacen uso de lazos que colocan hasta en número de veinte en los sitios donde dichos animales necesitan pasar, poniéndose en seguida á perseguirlos, á veces ayudados de perros. Atan la trampa al tronco de un árbol, colocando el aro con la red que sostiene, en la disposición de un marco perpendicular entre dos matorrales, con dos palos clavados á uno y otro lado de la pista. La barra superior del cepo tiene como media yarda de larga.

Poco después de oscurecer, comienzan los cazadores á hacer sus preparativos para el siguiente día. Reúnerse alrededor del fuego y suplican en alta voz, siendo casi imposible distinguir las palabras en la confusión general de las voces, pero frecuentemente pude oír el vocablo *tebatí* "abuelo," que es como llaman al dios del Fuego, que es el más grande de todos los curanderos. Solamente los puros de corazón pueden tomar parte en la cacería, pues ningún venado caería en una trampa colocada por un enamorado, sino que la descubriría, daría un resoplido y se volvería corriendo por donde vino. Buena fortuna en amor significa mala suerte en la caza, pero aun los que se han abstenido tienen que invocar la ayuda del fuego para extirpar de sí cualquiera impureza. Así pues, se esfuerzan en acercarse lo más posible á la divina llama, presentándole todos los lados de su cuerpo, alargando las manos abiertas para calentárselas, hecho lo cual se las escupen y se frotan rápidamente las coyunturas, las piernas y los hombros, como hacen los *shamans* cuando curan, á fin de que sus músculos y sus miembros cobren tanta fuerza como pureza hay en su corazón para la tarea que tienen que emprender.

Todo el mundo estaba listo antes de amanecer. Consistía el último rito en quemar espinas de cierto árbol y esparcir sus cenizas sobre los objetos simbólicos que de-

bían emplearse para la cacería, siendo los más curiosos de ellos las flechas ceremoniales, emblemas de la caza y captura de los ciervos. Las llevaban aseguradas con anillos de yerba retorcida, colgando á la espalda horizontalmente, suspendidas de una cuerda. Los que reciben la honra de cargarlas, llevan asimismo, sostenidas bajo unas bandas que se ligan á la cabeza, plumas de *shaman*, también cubiertas de ceniza. Así es como tres cazadores,



Lazo para coger venados.

y en casos excepcionales cinco, dirigen la persecución, corriendo de frente y en fila. Ellos son quienes aseguran el éxito de la batida é impiden los accidentes, pues el que va en medio representa nada menos que al mismo Fuego que todo lo ve.

En aquella ocasión los cazadores partieron con paso vigoroso en número no menor de cuarenta y cinco hombres, uno tras otro, armados de carcajes y flechas, y vestidos de la mejor manera, con la ropa recién lavada. Innumera-